

# E D U A R D O F L O R E S

## POETA MURCIANO

1876 - 1920

POR

EUGENIO UBEDA ROMERO

Tuve el honor, hace poco más de un año, de firmar una moción para la Comisión permanente del Excmo. Ayuntamiento de esta capital, proponiendo que figurara el nombre del poeta murciano, Eduardo Flores, en la lápida que, con nombres de murcianos ilustres en el campo de la literatura, hay en el monumento a la Fama en el jardín de la plaza de Santa Isabel. Y aun cuando, con este motivo, el periódico «Línea» de nuestra capital publicó una pequeña biografía del poeta y una de sus más destacadas composiciones y aún, unos años antes, D. Nicolás Ortega Lorca le dedicó un enjundioso artículo en la «Hoja del Lunes» del 17 de noviembre de 1953, el hecho es que este autor murciano es prácticamente desconocido de nuestro público medio, aun cuando lo sea, y bien, por quienes a las bellas letras se dedican. Aquello lo demuestra el hecho de que, frecuentemente, se me haya preguntado, como consecuencia de aquella moción, por Flores y por sus obras. De aquí que crea necesario trazar estas líneas que, más que una fría biografía, quieren ser una visión emocionada de esta personalidad de las letras murcianas.

La parte biográfica de Eduardo Flores es muy breve. Su vida, sencilla, dentro de la constante actividad profesional. Flores nació en Espinardo en 1879 y, como buen espinardero, dedicó toda su vida a la producción más destacada de este lugar que, hasta el pasado año fué un anejo o pedanía y hoy es ya casco urbano: el pimentón. Flores fué viajante de pimentón, y, como tal, recorrió casi todo el mundo: Europa, Oriente próximo y medio, Africa y toda América. En unos sitios, América hispana, se detuvo durante algún tiempo. En otros estuvo de paso. Entre uno y



otro viaje, vino por Murcia, se casó y aún tuvo la desgracia de perder a su esposa y una hija. Por fin, en 1918 regresó a su tierra natal definitivamente y murió en 1920.

Esta es la vida vulgar, anodina del viajante de comercio. De uno en otro sitio; la gestión de la venta, de la colocación del producto. El éxito, unas veces, el fracaso, otras. La lucha por la vida en esta profesión azarosa que lleva al viajante, de uno en otro continente, de uno en otro lugar, a tratar con gente diversa, con el espíritu alerta para evitar el engaño; con la viveza oportuna para adelantarse a competidores; con la palabra fácil para convencer a los clientes.

Pero hay dos clases de viajeros; los del interior y los del exterior. El viajante del interior defiende la mercancía; procura colocarla, extiende así la fama del producto. Acaso en ello vaya envuelta la propaganda de la patria chica; el orgullo de que los productos de su región sean conocidos en toda la patria grande. Pero el viajante del exterior, el que recorre otras naciones para difundir los productos o un producto de la patria, ese hace algo más que la simple propaganda comercial; ese hace patria. Es la patria la que va con él y la que ofrece, con el producto comercial, al extranjero; es la patria la que va en la cartera del muestrario; es la patria la que inspira sus palabras convincentes, y cuando va dejando sus muestras o firmando los pedidos en un país extraño, allí deja algo de la patria, la huella de la nación que supo hacer aquel producto, el nombre de la patria en la estantería del comercio, en la fama del producto.

Eduardo Flores viajó por casi todo el mundo haciendo patria. El producto que ofrecía, producto casi único, por entonces, en el comercio mundial, llevaba el nombre de este rincón murciano que es Espinardo y, para él, Espinardo era España, y haciendo patria, haciendo españolismo, recorrió Europa, Asia, Africa y América hispana.

\* \* \*

Pero Eduardo Flores era también, mejor aún, sobre todo, poeta. Y cuando hacía patria vendiendo pimentón, hacía patria cantando. Porque su poesía nunca fué esa poesía anodina e indiferente, esa poesía inlocalizada, esa poesía que puede escribirse en cualquier latitud. No. La poesía de Flores fué siempre asentada firmemente en el paisaje murciano, como un gran árbol que tuviera raíces fuertemente enclavadas en este rincón huertano y diera sus frutos ya en Saigón, en Calcuta, en Birmigan, en Marruecos o en Buenos Aires. La producción poética de Flores se desparrahaba sobre los cuatro puntos cardinales. Ramón Pontones, en el epílogo de la obra de Flores, «Murcianas», de que hablaremos después, dice:



«Pues habéis de saber que cada una de las composiciones, por vosotros leídas, fueron hechas en países distintos. Habrá alguna escrita sobre la mesa de un café argelino, chileno o peruano; habrá otra inspirada por la blanca belleza de un paisaje suizo; de otras podrá decirnos su origen el rumor misterioso y solemne de las olas del gran Océano, el bello mar que recorrió Colón en su famosa aventura y que ha recorrido Flores varias veces y en tierra de moros, sin exaltaciones ni fanatismos, sin instintos pasionales y sin amores ardientes, hizo el poeta sus versos como culto de su alma, como adoración de su tierra». Eduardo Flores fué el poeta de España, y concretamente, el poeta de Murcia en el mundo. Y en cada lugar que visitó dejó, juntamente con una muestra o un pedido de pimentón, una flor murciana creada por su espíritu, cultivada por su corazón, abierta en palabras cadenciosas que habían temblado de emoción al soplo de la brisa murciana.

\* \* \*

Fuera de Murcia, pero en España, Flores publicó su primera poesía, en los momentos finales del siglo XIX. Fué en Barcelona y en una revista poética titulada «Pluma y Ancla». Pero la composición, «Traicionerica», había sido escrita en Buenos Aires en 1896; estaba dedicada a Vicente Medina. En 1901 escribe, también en Buenos Aires, «Nautilus» y «La esposa»; en 1902 traza, en Alicante, «La canción de la Torre»; en 1907, en Argel, «Sin maere»; en 1908, también en Argel, «Claveles», y en el mismo año, en Realizane (Africa), «A mi esposa»; en 1909, en Budapest, «Las cajicas blancas». Otras muchas poesías de Flores fueron escritas también en el extranjero, pero sin que pueda determinarse dónde y cuando.

No se limitó la actividad literaria de Eduardo Flores a la poesía. Estando en Buenos Aires, Flores fundó en unión de varios compatriotas, la revista literaria «La palabra», y perteneció a las redacciones de los periódicos bonaerenses «El Dario Español», «Preludios» y «Caras y Caretas», publicando en el primero una interesante serie de artículos sobre temas murcianos —Salzillo, Semana Santa, El santuario de la Fuensanta, etc.—. «Caras y Caretas» vió en sus páginas varias poesías de Flores. La misma «Traicionerica», «Nautilus», «Mi primavera», etc. En Africa colaboró en la publicación del periódico «España», órgano de la colonia española, y contribuyó a la fundación de un centro benéfico titulado «Ilustración y Caridad» para ayuda de los españoles necesitados y, desde Argel, envió a «Caras y Caretas» una colección de artículos titulados «En tierras de



moros». Simultáneamente, enviaba colaboraciones a los periódicos murcianos, sobre todo en la última época en que residió en La Argentina.

En los períodos en que su actividad comercial le permitió estar en Murcia, formó parte del grupo selecto de autores ilustres murcianos: Ortega, Sánchez Madrigal, Sobejano, Jara Carrillo, Vicente Medina, Martínez Tornel, Mariano Perní, Alberto Sevilla. Frutos Baeza le dedicó un ejemplar de «El Ciudadano Fortún» con el siguiente autógrafo:

Nuestro huerto es pequeño  
pero fecundo,  
pues generoso ofrece  
*Flores y Frutos.*

Para las veladitas del Círculo Católico de Obreros, del que formó parte, escribió varios apropósitos: «Por rular el aro», «Buena pesca», «A la puerta de la casa», que fueron allí representados y colaboró en las revistas murcianas «El Bazar Murciano», de tan gratos recuerdos, y «Murcia», que dirigió D. José M.<sup>a</sup> Arnaez.

\* \* \*

Vamos a estudiar a Eduardo Flores como poeta y, sobre todo, como poeta murciano. Ya hemos dicho que su primera composición poética se tituló «Traicionerica», y fué dedicada a Vicente Medina. Ya la dedicatoria es un símbolo que se confirma leyendo la poesía:

Por uno más rico me dejó la ingrata  
por uno más rico... y quizá su amor  
no pueda compararse siquiera una miaja  
al que siento yó.  
.....

La impronta de la influencia de Medina en Flores aparece sobradamente clara. Pero aún es más evidente en otras composiciones: en «Claveles», por ejemplo:

De la casa, en la puerta, la moza  
y el mozo, a su vera  
platican de amores, de sueños, ¡da gozo  
mirar la pareja!  
Enfrente, la maere,  
está haciendo media  
y de reajo los mira fingiendo  
que fija, tan solo, está en su faena.  
.....



En la caja blanca,  
 la zagala muerta  
 el vestío de boda  
 por mortaja lleva!  
 ¡Ya llegó la feria! —exclama la maere  
 en llanto deshecha.  
 Y el paere y el mozo, con angustia dicen:  
 ¡Ya llegó la feria!...  
 Y los tres se callan, las lágrimas hablan  
 y tos los presentes llorando contestan.

.....

y también en «Solico»:

Déjame solico...  
 Deja que me largue  
 pa el arto e la sierra ande corre  
 con más juerza el aire.

.....

y, sobre todo, en «El rédito»:

¿Quié cobrarse el rédito?...  
 Pues, que se lo cobre:  
 que me embargue la casa, las tierras  
 lo que se le antoje...  
 Que tó se lo lleve...  
 Dios se lo perdone...  
 ¡Pero que no quiera cobrarse en mi honra,  
 pues lo mato entonces!...

.....

Mis tierras, mi casa.  
 ¡la de mis mayores!...  
 toico se lo doy,  
 ¡tó!, pa que se cobre;  
 pero a la zagala que no la engatuse,  
 —¡el viejo es de roble!—;  
 que no la persiga  
 de día y de noche,  
 que no quiera cobrarse en mi honra...  
 ¡que lo mato entonces!...

pero hay que valorar la influencia de Vicente Medina, en Eduardo Flores. Flores no es un plagiaro, ni un simple imitador. Podríamos decir que ambos, sinfronicamente, sienten la vibración de lo murciano en su corazón, en sus corazones murcianos, cajas de resonancia hechas a igual



medida, templadas al mismo aire, vibrando al mismo eco. Nada tiene de particular que den sonidos semejantes. Pero nunca iguales. El propio Vicente Medina señala la característica propia de Flores: «Estar siempre en lo mismo»; y ese «lo mismo» lo señala Medina como en tener siempre a Murcia en el corazón y en los labios. «La obra—dice, de Flores, Vicente Medina— fué, en donde quiera que estuvo, España, Argelia, Austria o América, el constante promover y cultivar el sentido en torno a su Murcia idolatrada. Eduardo Flores, que vivía de trabajos comerciales, hablaba siempre de versos, hasta a los mismos comerciantes, de la belleza de su tierra y de la grandeza de su patria». Ese empuje de lo murciano que es tranquilo en Medina, es impulso y ardiente fervor en Flores. Nada de raro, para quien estaba tanto tiempo lejos de la patria, sintiéndola tan honda, que ya sabemos que:

la ausencia es aire  
que apaga el fuego chico  
y aviva el grande.

y grande era el fuego del españolismo y del murcianismo de Flores que siempre se sentía avivado, ya fuera por los fríos de la Europa central, como por los ardores de las tierras ecuatoriales.

Ese ardor da también a la obra de Eduardo Flores usa de sus más acusadas características. La naturalidad. Solo la serenidad, el reposo y el sosiego pueden producir el rebuscamiento. Lope no pudo ser rebuscado. Nunca tuvo tiempo, cuando, como él mismo nos dice, de sus obras, que:

más de ciento, en horas veinticuatro  
pasaron de las musas al teatro.

Calderón, que frente a las más de mil ochocientas de Lope, apenas escribió doscientas, bien pudo pulir la frase, rebuscar el concepto. Flores nunca tuvo tiempo, escribiendo en las mesas de los cafés, de cualquier café de cualquier lugar del mundo, entre visita y visita comercial. Tampoco, su personalidad, su inspiración poética, requerían eso. «No hallaréis—dice Alberto Sevilla— en los versos de Flores, ese fárrago de palabras extranjeras y de giros viciosos que repugnan. El autor de «Murcianas» recibe la inspiración y la expresa sin rebuscar la frase. El poeta solo aspira a que sus versos gusten por su soltura, por su inspiración y por su sentimiento». Y como ejemplo, Sevilla cita algunos trozos de «Claveles»:



Tiene la zagala  
 dos grandes macetas;  
 una de claveles, cual sus labios, rojos  
 y otra de claveles de color de cera.  
 Allí, en la ventana  
 pomposos se muestran  
 y un ramo, en la mano,  
 el mocico lleva;  
 un ramo en la mano de claveles rojos  
 y al par que los güele, amante los besa.

.....

Y otro elemento causal de la naturalidad de las poesías de Flores radica en el hecho de que siempre habló de lo que más hondo llevaba en su corazón. Nunca Flores plasmó un supuesto poético; sus versos responden siempre a una realidad espiritual. José Tolosa, en el soneto prólogo de «Murcianas», dice:

Tus amores, tus penas y alegrías,  
 Todo cuanto has vivido y has soñado,  
 Con acierto de artista has expresado  
 Del verso, con las dulces armenías.

De su amor por Murcia habla «La canción de la Torre»; de su amor a su madre «Las dos maeres» y cuando muere, su dolor se plasma en «Sin maere» y en «Sus flores». Sus amoríos, con las variaciones de todo enamorado, esperanza, celos, desdenes, etc., aparecen en «Dicen...», en «Rápidas», en «Cantares», y en tantas otras. Su iniciación amorosa le hace escribir «Tu primer beso». Y «La esposa» y «A mi esposa» le llevan su corazón a la mujer que eligió como compañera de su vida.

La muerte no le asusta. En «El Cementerio», cuando va a ver el sitio

a donde enterraron  
 de mi Encarna, el cuerpo...

se siente ágil y leve

el aire no falta  
 jamás a mi pecho

en tanto que en la aglomeración urbana

...donde reinan  
 mentiras, desprecios,  
 el odio, la envidia,  
 traiciones sin cuento

.....



¡parece que el aire  
le falta a mi pecho!,

pero cuando piensa que puede morirse un ser querido, entonces se sobrecoge, se angustia:

Tengo dos hijos  
que son mi alegría, mi vida, mi todo;  
Dios me los ha dado, para mi consuelo,  
Dios puede quitármelos de un momento a otro  
y tan lejos de ellos,  
por el mundo, solo,  
siempre que me encuentro con cajicas blancas  
¡qué angustia tan grande! ¡qué pesar tan hondo!

Su amor por España, avivado por la ausencia, se expresa en «Nautilus» cuando canta la presencia de este barco en aguas bonaerenses. Desde lejanas tierras sufre el impacto del 98, el dolor por la Patria que se pierde, por la patria que no sabe estar a la altura de su momento histórico, por la patria que recibe la noticia de la catástrofe en una tarde de toros, y se va a la plaza, riendo y cantando. Por eso, encendido en ansias patrióticas, le grita en «Despierta...!» que encierra toda psicología de la generación del 98:

Despierta, patria, del fatal letargo  
en que abismada, por tu mal, dormitas...

.....  
Que no pueblen tus lares  
los cánticos guerreros

.....  
olvidando cañones y blindados

.....  
¡que se escuche el cantar de tus obreros  
al compás del crujir de tus telares!

.....  
Trabajo es redención, fuente que mana,  
caudal perenne de riqueza y gloria

.....  
Brote doquier de su semilla sana  
la instrucción que a los seres enaltece

.....  
¡Trabajo, instrucción, paz! ¡¡Patria, despierta!!

Flores fué profundamente religioso. «La oración» es un canto a la fe, a la esperanza, a la confianza en Dios:





Las estrellas del cielo  
 .....  
 esos verdes trigales  
 .....  
 todo cuanto se encierra  
 en el cielo y en la tierra  
 todos y todo a un Dios debe la vida.

\* \* \*

Flores vino a pasar una larga temporada en Murcia por el año 1909. Aprovechó su estancia en la patria chica, para preparar y publicar un tomo de sus mejores poesías. La obra con el título «Murcianas» se imprimió en la tipografía de «El Liberal» y le pusieron, prólogo en verso, un regular soneto, José Tolosa, y epílogo en prosa, Ramón Pontones. A ambos hemos hecho ya alusión. Pero la obra tiene un epílogo más emocionante que las vibrantes palabras de Pontones. En el mismo día en que terminó de corregir las pruebas del libro, falleció súbitamente la esposa del poeta. Y el libro lleva la, hasta entonces, última composición de Flores: «Nido deshecho», dedicado: «A mi esposa muerta»:

Tres años y meses  
 de goce, de gloria,  
 tres años apenas  
 has sido mi esposa.  
 ¡Qué nido tan breve...!  
 ¡Qué vida tan corta...!  
 ¡Qué poco ha gustado  
 tus mieles, mi boca...!  
 Te fuiste dejando  
 mi esperanza rota,  
 mis hijos sin madre,  
 mi hogar entre sombras  
 ¡Mis hijos sin madre!... ¡Los dos angelitos  
 llamándote lloran!  
 ¡En las mías, fijas, sus tristes miradas  
 de palabras faltos, por ti me interrogran!

y poco después, uno de «los dos angelitos», la hija, ocupaba una de esas «cajitas blancas» que tanto pavor le daban. Y Flores volvió a buscar, en el viaje, el consuelo de su hondo pesar.

En 1918, como antes hemos dicho, Flores volvió a Murcia, para ya nunca salir de ella. Entonces preparó un nuevo libro, «En tus manos», que había de recoger las últimas composiciones del poeta. Pero este libro no llegó a publicarse. La quebrantada salud de Flores le impidió dedicarse a terminarlo. Flores murió en 1920. De este libro es «El nazarenico», escrito en 1912:



Loca está Teresa  
 con su hijico, loca.  
 Lo ha vestido este año de nazarenico  
 y no ha visto nunca cosa más hermosa.  
 Su comaere, al nene  
 le compró la ropa  
 y a más, una vara que paece de oro  
 con una custodia.  
 Loca está Teresa  
 con su hijico, loca...  
 Del rincón del arca, saca un par de reales  
 único dinero que, en su poder, obra  
 y de caramelos, en el primer puesto,  
 tuiquios se los compra...  
 ¡Que el nazarenico lleve tó lo suyo  
 aunque ella no coma!

Las composiciones de este libro no publicado, con otros muchos trabajos de Eduardo Flores, obran en el archivo familiar que hoy conserva su hijo Eduardo. Valdría la pena de revisar y seleccionar este material y publicarlo. Como homenaje a este poeta murciano que tanto amó a Murcia y que la llevó como bandera de amor, como gallardete de entusiasmo, por todos los rincones del mundo.

Este fué Eduardo Flores, poeta murciano. Hombre bueno, amigo generoso, al que recuerdan quienes quedan de los que fueron sus amigos y compañeros en el difícil arte poético. Viajero por el mundo, casi toda su vida lejos de su patria chica y de su familia y que, acaso, por eso, sintió más vibrante la vida familiar y el patriotismo. Y esta melancolía de la ausencia inflamó sus mejores versos.

Poeta murciano, llevó a Murcia siempre en su corazón recordando que

.....  
 En ella pasaron mis días felices  
 mi infancia risueña  
 En ella, mi madre ¡mi madre del alma!  
 ansiosa me espera  
 .....

y así cantó a Murcia con su poesía sencilla y emocionada, como que salía de lo más hondo de su corazón.

Este fué Eduardo Flores, poeta murciano, casi en la línea de nuestro Medina, y parejo a los poeta regionales españoles, Gabriel y Galán, Luis Chamizo, Pachín de Melás, etc., etc. Por eso, su nombre está justamente en la lista de los hombres ilustres de Murcia, en la estatua de la Fama.

